

EL HORROR DE RÉQUIEM

(Basado en una historia real)

VÍCTOR NEGRO

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *L'horror de Réquiem*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización de los titulares del *copyright* ni de Aquel Que No Puede Ser Nombrado, es decir, Hástur.



Publicado originalmente en catalán en 2020 por MaiMés

© Marc Pastor, 2020. Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

© de la traducción: Antonio Torrubia, 2025

© Alianza Editorial, S. A., 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-930-0

Depósito legal: M-6117-2025

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Lando y Eva, cazadores de monstruos

*Un exceso en la dosis de truculencias, de monstruos o de tensión
dramática provoca indefectiblemente la sonrisa, la risa y hasta la burla.*

El terror y el humor van del brazo muy a menudo.

Chicho Ibáñez Serrador, *Historias para no dormir*.

Prólogo a la vigesimoséptima edición

por Biel Perelló

El autor y su época

¿Qué se puede decir de Víctor Negro que no se haya dicho ya?

Poca cosa, francamente.

Víctor Negro no da entrevistas, no se deja ver en público, no asiste a inauguraciones de picoteo. Nada.

No obstante, una cosa es indiscutible: Víctor Negro es el autor de algunas de las páginas más brillantes de la literatura contemporánea desde que se publicó *El año de la plaga* íntegramente en papel de aluminio.

Y también es un hecho que, siempre que nos acercamos a la figura de Víctor Negro, tarde o temprano acaba apareciendo otro nombre misterioso: Marc Pastor. ¿Quién es este otro personaje? ¿Un sosia? ¿Un *alter ego*?

Rotundamente, no tenemos ni idea.

Es probable que le revise los textos y que le pase el corrector ortográfico de Word.

Durante un tiempo se dijo que Negro escribía y Marc Pastor le hacía las gestiones editoriales, ya que su talante más abierto, la experiencia en el mundo literario, la placa de agente de la autoridad y una pistola sobre la mesa del editor agilizaban notablemente las

negociaciones. En cualquier caso, no son más que rumores que no se han podido demostrar y seguramente son falsos.

La obra como aproximación a las tesis económicas de la Escuela de Chicago

Aquí es como predicar en el desierto. La falta de bibliografía sobre el tema es descorazonadora. Uno ha encontrado en *El horror de Réquiem* referencias al dinero, a la precariedad laboral, a las penurias pecuniarias. Aunque son sutiles, muy alejadas del efectismo keynesiano de *Los miserables* y del dickensiano *Oliver Twist*.

No obstante, la novela funciona perfectamente como una refutación sólida de las imbecilidades de Hayek.

Resulta extraña la ausencia de algún estudio en profundidad sobre la macroeconomía en la literatura victoriana, ya que los economistas suelen ser personas aventureras y con una gran imaginación.

Intentamos hacer otra aproximación

En *El horror de Réquiem* la palabra «dientes» aparece once veces; «encías», cuatro; «dentadura», tres; «endodoncia», cero. La aproximación odontológica es, pues, bastante limitada.

Una aproximación a las aproximaciones

El estudio interdisciplinario de esta novela comienza a dar frutos, sobre todo en el terreno de la literatura comparada. Recientemente, una prestigiosa universidad publicó un artículo donde comparaba el libro de Víctor Negro con una maquinaria agrícola. Es una noticia excelente, aunque hemos de ser cautos: un análisis superficial demuestra que el origen del artículo era el blog outlet-for-agricultores.wordpress.com, y que su autor, erpollon2004, efectivamente estaba vinculado a una universidad: concretamente, a la

Universidad Río Bravo de Lérica, que, en realidad, no era una universidad, sino una tapadera de negocios de compraventa de material agrícola defectuoso.

En paralelo, el Ateneo Barcelonés trató de hacer un curso sobre ética estética en *El horror de Réquiem*, y se lo encargaron a un señor de Badalona insistiendo en que podía aprovechar su experiencia como vendedor en Bauhaus y que, seguro, alguna cosa podría decir de Kandinsky, Mies van der Rohe o Leroy Merlin.

Pero parémonos un momento.

Dónde están los eruditos sobre el género negro, fantástico, *sci-fi*, terror o *gore-tex*, géneros que, personalmente, también me parecen fantásticos.

¿Es que no hay un solo estudio de la obra que se sostenga mínimamente?

Pues sí que hay. Uno, exactamente¹. Aunque parece que se escribió con displicencia, con miedo.

Mirémoslo con perspectiva, entonces. En este momento, respecto a *El horror de Réquiem*, hay dos corrientes de pensamiento opuestas:

- a) Los estudiosos² que, en la obra, ven un conjunto armónico entre el *ethos* y el *pathos*.
- b) Yo, que más bien no.

A mi parecer, el estudio académico anteriormente citado³ requiere urgentemente una *peer review*. El autor confunde *ethos* con un futbolista camerunés y, lo que es más alarmante, solo hace referencia al *pathos* cuando habla de la limpieza de lavabos, y siempre usando la expresión «*pathos WC*».

Esta aproximación divaga y no va a la raíz del asunto. Le falta aquello que Pla llamaba «vergüenza torera».

Da la impresión de que nadie quiere acercarse a este libro. ¿Es un prejuicio sobre el género? No y mil veces no. Esta es una obra

¹ *Cosas que dan yuyu*, Enric Juliana, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 2016.

² Ídem.

³ *Ibidem*.

que entronca con la tradición del género fantástico de este país: Manuel de Pedrolo, Joan Perucho o Borja de Riquer, sin olvidar los columnistas de opinión de los diarios digitales.

¿Por qué, entonces, hay tan pocos estudios solventes alrededor de esta obra, y más teniendo en cuenta el elevado número de especialistas en literatura de género y el entusiasmo que genera entre los letraheridos?

La obra como aproximación a una muerte prematura y violenta

Puede ser que la explicación más prosaica sea que zambullirse en las páginas de *El horror de Réquiem* es un deporte de riesgo, nada recomendable para los frágiles de espíritu, y es que parece como si algún tipo de desgracia cayese sobre el que se acerca a la obra de Negro.

La gente que ha intentado editar o estudiar sus novelas tiene tendencia a sufrir algunos contratiempos.

Al prologuista de la edición andorrana lo encontraron con un tiro en la cabeza dentro de un Cadillac rosa; al editor italiano, muerto y abandonado en un contenedor de basura; al puertorriqueño, colgado de un gancho en un camión frigorífico, y al islandés le cerraron una semana la cuenta de Twitter.

Es por eso por lo que los especialistas que se aproximan a la obra negresca (o afroamericana, como prefiere denominarla la escuela postmodernista⁴) lo hacen con cierta cautela paranoide, que es parte fundamental de cualquier estudio literario riguroso.

Y es esta contrariedad la que ha dejado fuera del terreno de juego a aquellos eruditos más acomodados, más temerosos, con una familia que proteger, y ha abierto paso a un abanico de emprendedores con los trasfondos más diversos, a menudo con pocos escrúpulos, que ven en el negocio editorial una oportunidad de enriquecerse rápidamente, lo que atrae oportunistas de disciplinas heterodoxas y, con frecuencia, alejadas de la literatura, con resulta-

⁴ *Ibidem one more time.*

dos desiguales, como ha quedado demostrado con el engaño de la maquinaria agrícola y la puta mierda de charla del Ateneo.

Pero hay voluntad, y eso es importante. No hace falta más que rigor y no imaginar conspiraciones delirantes allá donde solo ha habido una serie de asesinatos horribles que parece que tienen una relación macabra con este libro.

Yo también soy un recién llegado al mundo afronesesco. Fue una mezcla de curiosidad y de desesperación absoluta lo que me acercó a la novela.

Aproximémonos de una vez sin miedo ni esperanza

¿Qué se puede decir de *El horror del Réquiem* que no se haya dicho ya?

La primera palabra que a uno le viene a la cabeza al acabar la novela es, sin duda, **merkwürdigliebestraum**, que podría traducirse como «Fua, tío, qué pasote».

¿Es esta una novela de autoficción? No. ¿Es esta una novela sobre alguien joven que se va de Barcelona para reencontrar las raíces y el habla local del pueblo de sus abuelos? A duras penas.

¿Es una novela de terror? Sí. ¿Hace reír? Por descontado.

Según el difunto catedrático peruano Leopoldo Torresaguado, de la Universidad Católica del Cristo en Zapatillas, el final de la novela deja al lector con «una sonrisa y mal rollete». Y no puedo más que darle la razón.

En cambio, de la publicación en alemán del malogrado profesor Frugenbach, de la Facultad de Lingüística de la Universidad de Potsdam simplemente discrepo, aunque quizás solo de la traducción de Google Translate.

En cualquier caso: ¿de qué trata *El horror de Réquiem*?

De muchas cosas, como todos los clásicos. Los clásicos resisten bien el paso del tiempo, y *El horror de Réquiem* no es la excepción. Es cierto que, de tanto en tanto, será necesario actualizar los modelos de teléfonos que usan los personajes, aunque, aparte de eso, tiene aquello que distingue a los clásicos del resto de obras: que la peripecia del protagonista provoca en el lector un efecto emocio-

nal purificador (Κάθαρσις) que nos acerca a la serenidad y a la imperturbabilidad (ἀταραξία), y una portada guapa.

Para no aguarle la fiesta al lector neófito diremos que en la novela hay un personaje que podríamos definir como el protagonista. Y que le pasan cosas. *Grosso modo*.

El esquema es clásico y muy claro. La vida monótona del personaje protagonista da un giro de 365 grados a babor al encontrar un objeto con muy mala pinta, que es el detonante de la historia (en otras palabras: una περιπέτεια *comme il faut*).

Entonces, el autor coge al lector por las solapas y lo invita a un viaje iconoclasta, a la *follie à trois* de una Santísima Trinidad de fracasados que sospecha que no tiene nada que perder; gran error, porque en el peor momento verá que sí que queda alguna cosa que perder y la defenderá caiga quien caiga.

Es el prototípico descubrimiento crucial del protagonista (una ἀναγνώρισις de tres pares de cojones).

Los lectores de Lovecraft encontrarán reminiscencias cthuloidianas, incluso cthulescas o, al menos, el regusto de Gozer el Gozeriano.

A partir de aquí, y siguiendo el canon aristotélico, habrá μελοποιία y lluvia dorada. Habrá tensión sexual no resuelta con un tentáculo monstruoso, números musicales, viajes organizados, funcionarios desmotivados («¡El horror! ¡El horror!») y un encargado del museo de cera hipermotivado, lloros, personajes metaliterarios, incendios a *tout-i-plein* y un montón de notas a pie de página, como si el autor se hubiera tomado en serio las palabras de Noël Coward⁵, y sin complejos, hace de la novela un viaje constante escaleras arriba y abajo, de la carcajada al miedo.

Un planteamiento prácticamente novecentista, vaya.

En manos de un escritor más perezoso, como Dostoievski, el relato podría haber acabado con un *Deus ex machina* o un *Donec perficiam* y aquí *pax et gloria a posteriori*. Pero no. El autor hace un auténtico *tour de France* y acaba otorgando al lector la última palabra, y deja que sea él el responsable del destino del mundo; le

⁵ «Tener que leer notas a pie de página es como tener que bajar a ver quién ha llamado a la puerta mientras haces el amor».

pasa, en definitiva, eso que en términos filosóficos se llama un marronazo del quince.

Y ahora sí, es el momento de sentarse en la butaca, con una copa de coñac de medio litro al lado, de encender un buen puro y de comenzar a leer *El horror de Réquiem*. Ir leyendo hasta que se te cierren los ojos y comiences a tener pesadillas que no te pertenezcan, mientras el puro se te resbala de los dedos y cae al lado de esa cortina que tiene toda la pinta de ser muy inflamable.

Sobre esta edición

Del manuscrito original entero, si es que tal cosa existió, solo nos han llegado fragmentos inservibles. Negro lo quemó para prepararse una infusión de eucalipto.

El grueso de esta edición se basa en la única versión presuntamente íntegra que se conserva: una copia en ruso de una traducción al francés. Como fuentes secundarias hemos usado el borrador que Negro colgó de geocities.com hacia el año 2001 y dos cintas de casete TDK de 90 minutos donde el autor interpreta los diálogos de la novela con voz de ardilla castrada.

La fuente (perdida ya) de Geocities la llamaremos versión Δ ; a la versión TDK la llamaremos μ ; por coherencia y para simplificar, la versión del manuscrito en ruso se llamará $\mathcal{B}$.

Por el camino nos hemos encontrado algunos escollos: hemos tenido que correlacionar μ con $\mathcal{B}$ guiándonos por Δ y eliminar todo $\mathcal{B}$ que no μ o que contradijera Δ , siempre que $\Delta-1 > \mu$ o, en caso de duda, $\mathcal{B}mc=E$.

Y también hemos tenido que aprender ruso.

Esperamos que los eruditos saquen provecho del esfuerzo.

Cabe decir que el afortunado hallazgo reciente de la copia íntegra en ruso en una zapatería de San Petersburgo ha sido el detonante de esta edición, que podríamos calificar de canónica-def-OK⁶.

⁶ Desgraciadamente, todas las referencias a Δ , μ y $\mathcal{B}$ se extraviaron justo antes de que el libro entrase en imprenta y, de todas maneras, resultaron irrelevantes y mayoritariamente erróneas cuando el autor entregó el manuscrito original que el prologuista daba por perdido.



LA MANSIÓN SANTES CREUS

Aaah, mmm, yes, yes, wgaß'nagl fbstagn!

Greta Von Pussy, *Kiss My Edelweiss*

1

El anillo dentro del cadáver

Antes que nada, tenemos que encontrar un protagonista.

En esta sala de autopsias pasteurizada y liofilizada no faltan candidatos, impoluta, como de revista de interiorismo (sin las páginas de publicidad entre foto y foto), iluminada como un plató de televisión (sin las horas de publicidad entre programa y programa), atestada como un festival de música en verano (sin la omnipresencia de la publicidad entre canción y canción).

Si esta historia fuera una fábula moral o una película de Disney —a menudo inseparables—, comenzaríamos introduciéndonos en los ojos de un roedor que observa los extraños comportamientos humanos desde el agujero que hay en el rodapié de aquella esquina, oculto por un contenedor de residuos orgánicos. El ratón olfatearía la carne en descomposición, que le abriría el apetito y lo empujaría a arriesgarse a trepar hasta los cuerpos, esquivando miradas indiscretas, hasta encontrar un cadáver no demasiado frío aún donde poder cobijarse y, en definitiva, darse un buen festín.

Pero, como ya hemos dicho, la sala está limpia y no hay ratones. Ni siquiera cucarachas. Ningún rastro de comensales *post mortem*, ni de larvas de *Sarcophagidae* que ayer saltaron apalomitadas del interior de la bolsa de un podrido cuando abrieron la cremallera, como reos liberados después de que un terremoto agrietara los muros de la prisión.

Descartada la *ratatouille* de ultratumba, la otra opción son los cadáveres, que siempre que siempre gustan. Tener una historia explicada por un finado viste mucho y le da un aire de trascendencia impostada, de relativizarlo todo, de reírse del muerto y del que lo vela y toda la pesca (literalmente, en este caso). También te permite hacer algunos trapicheos a la hora de dosificar la información porque parece que, cojones, alguien que ha muerto debería tener manga ancha. Un muerto es, por naturaleza, un narrador poco fiable. Desconfía de cualquier difunto que te intente explicar una historia: o te quiere vender la moto o te quiere dar la chapa. Los muertos pasan demasiadas horas solos y, cuando enganchan a alguien que los escucha, no lo dejan de ninguna de las maneras. Un *poltergeist* no es más que una pataleta ultraterrenal por necesidad de atención que se va de las manos. Por eso, no conviene tampoco que el protagonista sea un muerto. Son egocéntricos y tienen poca capacidad de concentración. Acaban hablando de ellos, de su vida, de cómo murieron, y se olvidan de la historia principal. Son cuentacuentos posmodernos, incapaces de explicar nada con el clásico inicio, nudo y desenlace¹, y se desvían y encuentran la manera de llorarte sus desgracias, de rellenarte la historia con pies de página que se convierten en auténticos purgatorios.

No quieres que un muerto te explique nada.

¿Conoces algún médium que no tenga cara de amargado? Ahora ya sabes el motivo.

Nos quedan los humanos vivos, que tienen una larga tradición en eso de ser los protagonistas de las novelas. Aquí también hay de todo tipo, claro. Hace falta elegir uno interesante. Alguien con quien tú, lector, sientas una cierta familiaridad. Alguien que te acabe importando tanto que quieras seguir leyendo. Alguien que te despierte empatía. Alguien que sepa conducir bien la historia, no como aquel tío que siempre comenzaba por el final, reía sacudiendo la papada y después la retomaba desde un inicio incierto, soso, sin gracia ni tensión. Alguien que tenga algo que decir, y eso tampoco es fácil. No son pocas las novelas que han acabado rotas en la papelera de un editor porque el protagonista era un insulso, al-

¹ Aquí no garantizamos nada.

guien sin ningún tipo de interés, normalmente reflejo fiel del escritor, un autor tan flojo que es incapaz de imaginar nada más allá de la propia monotonía existencial.

La mala suerte hace que en este mismo momento, en la sala, solo esté Réquiem.

Sin ánimo de ofender, Réquiem no es precisamente en quien habíamos pensado como protagonista.

Esperábamos al doctor Broch, el médico de larguísima trayectoria, el último de un linaje de forenses que revuelven vísceras como quien mezcla las fichas del dominó, caliqueño en los labios y carajillo sobre la mesa. Con su experiencia, su visión fría y profesional, su cartesianismo científico, toda la narración queda bien ordenada, limpia, de trazo nítido, con impecable orden maoísta. Coleccionista de cámaras fotográficas, el doctor Broch puede pasarse horas corrigiendo los niveles y la saturación de las fotografías, etiquetándolas, rellenando manualmente los metadatos (es una de las trescientas veintiséis personas alrededor del mundo que lo hacen), comparándolas para encontrar patrones y uniéndolas en mosaicos para crear composiciones artísticas (como aquel retrato de la Madre de Dragones hecho a partir de instantáneas de riñones, la joya de la corona de su colección).

August Broch ha salido un momento a buscar una batería de recambio de la Leica.

Sara es una de las técnicas. Ojos de princesa árabe y voz de piloto de helicópteros canadiense. Es intuitiva, despierta, mordaz, astuta y carismática. Lo tiene todo para capitanear la historia con mano firme y una voz muy personal. Además, vive sola, lo que nos ahorra subtramas dramáticas sobre desengaños amorosos o padres enfermos. Sara está libre de compromisos y no tiene intención de adquirir ninguno en las próximas páginas. Salvo el compromiso urinario que tiene que cumplir ahora mismo con su vejiga y que la tiene apartada en esta escena.

Con Julio no contéis, que ha salido a fumar.

Deberíais haber comenzado a leer un rato antes: de esta manera no os encontraríais ahora a solas con Réquiem, pesando el estómago de la chica ahogada cuando encuentra el anillo.

2

La misteriosa muerte de Lynette Santes Creus

Hay clientes de Réquiem que parecen más vivos que él.

Pelo cortado con una desbrozadora oxidada, bolsas bajo los ojos como saquitos de té negro, la piel cetrina de sufrimiento hepático constante —un hígado furioso, definitivamente desentendido del cuerpo en el que habita—. Réquiem es todo un modelo de la temporada primavera-verano de 1945 en Polonia.

Arrastra los pies al caminar y tiene una caña de pescar por columna.

Podrías llegar a pensar que un hombre así (ASÍ) debería tener una personalidad magnética para compensar tanta desgracia leptosomática, una colección de atributos irresistibles que lo colman de carisma, un ejemplo a seguir, alguien a quien admirar, el espejo de una generación. En cambio, Réquiem no es nada de eso: la falta de astucia en la mirada es un fiel reflejo de un intelecto justito, el procesador necesario para hacer sostenible un mundo interior tan atractivo como el solar de un campamento de toxicómanos.

No le atrae nada lo suficiente como para dedicarle el mínimo esfuerzo.

Una vez, puso un anuncio en la sección de contactos del periódico: «Chico romántico de diecinueve años al que le gusta leer, el cine, la música y pasear a la luz de la luna busca chica con intereses

similares para amistad y lo que surja». Lo único que era cierto era la edad, el resto lo había copiado de otro candidato a buscar pareja a través de las páginas dominicales, entre mujeres solitarias, hombres desesperados y amores a primera vista en vagones de metro. Réquiem siempre se excusa en que no tiene tiempo de leer, que no va al cine porque es muy caro, que no entiende de música y que la última vez que paseó a la luz de la luna fue volviendo a casa durante una huelga de taxis. Ahora bien, el interés por mantener cierta relación con el sexo femenino se mantiene hormonalmente intacto desde la adolescencia, demasiado a menudo no correspondido por su aspecto de retrato de Dorian Gray taciturno. Desde que tiene la mejor fibra óptica del mercado, además, ya no le hace falta amontonar columnas enteras de cederrones y devedés quemados de películas pornográficas que se sabe de memoria.

Antes del *cliffhanger*, nos habíamos quedado con Réquiem pesando el estómago de la chica. Centrémonos en este cadáver un momento, porque tendrá una importancia de peso más allá del estómago en el desarrollo de la historia que estamos arrancando.

Incluso muerta, Lynette tiene un aspecto saludable. Puede ser que ahora esté un poco inflada y cianótica, la piel desgarrada y los pulmones anegados de agua; sin embargo, exceptuando estos detalles, parece una chica sana y recién desayunada. Con resaca. Y sin funciones motoras. Podrías decir que se ha comido el bol de cereales y se ha vuelto a dormir. En la mesa de autopsias. Con el torso abierto en forma de «y».

Lynette tiene veintisiete años y unas diligencias abiertas por suicidio. La encontraron ayer por la tarde flotando en el Moll de la Fusta, entre plásticos, latas de cerveza y condones usados. Cuando los de la subacuática la engancharon a la grúa por debajo de las axilas y la alzaron un metro sobre el agua, la capa de aceite que la recubría reflejó las potentes luces de los focos, convirtiéndola en una bola de discoteca pinchada. El vestido se le pegaba al cuerpo como una cortina de ducha. Giraba acunada por el viento. Tenía tan buen aspecto que todos esperaban que se disculpase en cualquier momento. «Perdonad, me he caído al agua y se me ha ido la cabeza, pero ya estoy mejor, gracias. ¿Alguien puede descolgarme? No me gustaría resfriarme».